

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas  
Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »  
Extranjero . . . 1'50 »

## La huelga de ferroviarios

### SU SOLUCION

Canalejas en el poder es al anarquismo, lo que Maura es a la revolución.

Con un par de conflictos como el de ferroviarios y Canalejas en el poder, las ideas anarquistas avanzarían más de lo que pudieran avanzar en muchos años de propaganda por medio de la prensa y el mitin.

En efecto; con las parciales disposiciones del Gobierno en pro de las empresas ferroviarias y las amenazas lanzadas contra unos hombres que ejercían un derecho dentro de la más perfecta legalidad, ha sido lo suficiente para que los 100,000 ferroviarios—asociados y no asociados—se hayan percatado de que nada deben esperar ni de la acción de los gobiernos, ni de la de ningún partido político, llámese republicano o socialista. Y cuando los individuos adquieren esta convicción, han de pensar, forzosamente, en que sólo al lado de sus compañeros de explotación, de los que no quieren ninguna clase de privilegios, ni aun para ellos mismos, es donde hallarán satisfacción a sus anhelos de emancipación.

La huelga se ha solucionado con la promesa del Gobierno de que casi todas las peticiones, sobre todo las más importantes, serán concedidas.

Sabemos la importancia de las promesas que hacen los gobernantes, y no les damos ningún valor; pero como no ignoramos que la mayor parte de los ferroviarios son nuevos en esta clase de luchas, no nos sorprende que hayan creído en las promesas y en atención a ellas hayan reanudado el trabajo. Esto en cuanto a la mayoría de los ferroviarios; pero los elementos directores de la huelga debían haber exigido algo más que promesas, aprovechando las favorables condiciones en que se encontraban y no desmayando ni ante las amenazas gubernativas, que no podían pasar de amenazas, ni ante el llamamiento a filas de los ferroviarios pertenecientes a la primera y segunda reserva.

Hace dos años que en Francia, el ex socialista Briand, ante un conflicto igual, movilizó las reservas, con lo que de pronto dió un golpe de muerte a la huelga ferroviaria; pero las consecuencias fueron tan desastrosas, que los Compañías explotadoras pronto tuvieron que renegar del flaco servicio prestado por el Gobierno.

Canalejas, que no pertenece a la estirpe de los inventores, al plagiar la conducta de su colega francés, no tuvo presente la segunda parte de aquella huelga.

Con el entusiasmo y decisión de que los ferroviarios españoles estaban poseídos, no podían temer el fracaso de la huelga, ni por la movilización de los ferroviarios reservistas ni por los nominales ofrecimientos de que alardeaba el Gobierno. Para suplir a los 100,000 huelguistas, las compañías necesitaban más de 200,000 esquiros, y como, afortunadamente, el papel de esquirol está en baja, las empresas y el Gobierno, con los ofrecimientos de las Cámaras de Comercio, y demás Cámaras hubieran visto aplicada a los ferrocarriles, la máxima que Tolstoi aplicaba al militarismo. Cuando los obreros ferroviarios se cruzan de brazos, los trenes no circulan y los ofrecimientos quedan envainados.

Y si esto lo sabían los representantes de los huelguistas, ¿qué ha podido influir en ellos para que en vísperas de la gran batalla se rindan ante las promesas de un gobernante, de quien puede decirse que vale más lo que él promete que lo que otros dan?

Nos abstendremos de hacer conjeturas hasta que nos faciliten algunos datos que nos han prometido, pues de esta huelga han de sacarse grandes enseñanzas.

Es posible que, por esta vez, las promesas se cumplan ante el temor de que el conflicto se reproduzca; pero aunque así sea, no deja de merecer censuras que en la favorable situación en que se hallaban los huelguistas, se hayan precipitado tanto aceptando las promesas sin ir acompañadas de la garantía de las firmas, pues aunque nosotros no damos gran valor a este requisito, reconocemos que para los huelguistas lo tenía.

Si les conceden lo prometido, el triunfo de los huelguistas es innegable: aumento de salario, reducción de jornada, vuelta

al trabajo en los mismos puestos que tenían, abono de jornal durante la huelga; etcétera, etc., pero, ¿a cambio de qué?

Parece que el Gobierno, a cambio de estas concepciones, pretende militarizarlos, declararlos funcionarios del Estado, de ese Estado que tan mal estaba dispuesto a tratarlos durante la huelga.

Si esto ocurre; si esto consienten los ferroviarios, ¡qué horrible decepción para el elevado concepto que de ellos se ha formado la opinión pública!

No; no es posible que los 70,000 ferroviarios que por un noble sentimiento de solidaridad han roto la disciplina que les ligaba a un Comité autoritario, vayan ahora a amargar las alegrías del triunfo sujetándose a la férrea disciplina del Estado. Podría decirse entonces que habíamos retrocedido a los tiempos en que los que recogían la sopa a la puerta de los conventos gritaban satisfechos ¡vivan las cadenas! Podría suponerse que por dar un poco más de pan a los hijos se hipotecaba la libertad de los padres. Y esto no debe, no puede ocurrir en el siglo que ha sucedido al llamado de las luces, y mucho menos después de la demostración de desinterés y compañerismo que acaban de dar.

Han ido a la huelga, noble, desinteresadamente. Nada pedían por ahora, excepto los de la red catalana. Estos tampoco pedían nada; pero al ser provocados por el aumento de la ya larga jornada de trabajo, contestaron dignamente haciendo suyas las bases presentadas por el Comité Nacional y exigiendo su cumplimiento.

El desprecio de las Compañías nos llevó a la huelga, y entonces se dió el hermoso espectáculo de que los ferroviarios del resto de España, que días antes se habían mostrado serviles, secundando los trabajos del Comité Nacional contrarios a la actitud de la red catalana, al ver a sus compañeros en huelga, desoyendo a los malos pastores, rompieron la disciplina para ayudar a los ya indisciplinados, y por todas las líneas, y por todas las estaciones, y por todos los trenes, se oía el grito de «¡hay que ir a la huelga por solidaridad a los compañeros catalanes!», y al pedirles el voto, con toda clase de coacciones por el Comité directivo, resultaron 75,000 votos en pro de la huelga y 1,000 en contra.

Ha sido esta la huelga contra la disciplina: la rompieron primero los de la red catalana; después los del resto de España, y el triunfo obtenido—si las promesas se cumplen—se debe únicamente a la actitud de los más indisciplinados de los huelguistas, que supieron tener a raya a los que ya hubieran claudicado en los primeros instantes.

¿Y será posible que después de esto acepten una disciplina que les incapacitará para sucesivas reivindicaciones?

No lo creemos. Los obreros ferroviarios han sentido las gratas emociones de la lucha, y no es fácil que renuncien a ellas. Militarizándose renuncian a todo derecho de acción, y aunque sustenten los ideales de emancipación se incapacitan para laborar por ellos, para llevarlos a la realidad.

Idea sin acción, es como hembra que se niega a ser fecundada, que ama y se acobarda ante los dolores que produce el advenimiento del hijo. La acción es el parto por cuya obra dolorosa, mortal a veces, la idea se hace carne. Precisa el hecho para que la idea sea derecho, para que el sueño del filósofo se convierta en ley de hombres.

Lo más importante de la huelga ha sido la comunión de aspiraciones entre ferroviarios y demás obreros. Si los campesinos se organizaran y dieran otro susto a la burguesía, la sociedad del privilegio quedaría moribunda.

El jefe de Gobierno, que ante los nuevos conflictos pierde la cabeza, calificó de huelga anárquica. ¡Valiente descubrimiento! ¿Qué huelga no lo es? Como que su característica era la solidaridad, y esto ya es anarquismo. Pero los que hacen política de zancadilla y viven siempre temerosos de una conjura, ¿qué saben del valor moral que tiene la palabra solidaridad?

Además, Canalejas ya debía saber que «anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía va la historia.»

## La miseria

La miseria es la gran creadora de delitos. Hay la miseria absoluta del que muere de hambre y la miseria relativa, pero no menos terrible en sus letales consecuencias, del descontento, hombre o mujer, que no halla modo ni posibilidad de satisfacer sus necesidades físicas y psíquicas tan necesarias como el pan diario. La miseria absoluta es causa directa de delitos, lo es también, indirectamente. Todas las rebeliones, individuales o colectivas, hallan su causa en la miseria.

Hay una categoría de personas que sufren con el espectáculo del sufrimiento de los demás.

Estos, por algunos llamados mártires, por otros delincuentes vulgares, derivan asimismo sus actos de la miseria.

La deficiencia o la falta absoluta del sentimiento de solidaridad humana genera la miseria.

La inconsciencia de los pueblos, dominados por sentimientos religiosos de resignación a un estado económico, que no es natural, le mantiene como en determinados caldos gelatinosos se mantienen los microbios. La consciencia del derecho a la existencia está latente en los miserables, pero está comprimiada ante todo por las religiones (todas iguales) y después por la fuerza bruta. Algunas sacudidas colectivas, algunas chispas de fulgor individual, después la resignación, el dolor, la muerte.

Si verdaderamente la palabra delito tuviese un significado científico positivo, ningún delito mayor que el que la sociedad comete con dejar subsistir la miseria.

Pero también la sociedad es víctima inconsciente de los factores que la constituyen. El sol del porvenir no asoma todavía por el horizonte; tan sólo un destello de aurora aparece, y nosotros no podemos aun pretender que sus benéficos rayos calienten como por ensalmo el corazón de la humanidad.

Cuando ésta haya aprendido de la ciencia que el individuo está íntimamente ligado a la colectividad humana y que la desventura de un ser halla su eco en los demás seres y se propaga como las ondas sonoras por el aire, hasta los límites más extremos de la sociedad, entonces se hallará modo de evitar las miserias de los individuos.

¡Pero es necesario que destruyamos las religiones! He aquí el grito de guerra de la nueva humanidad. Es el camino de salida que no ha entrevisto el gran humanitario León Tolstoi, pero que ha presentado Emilio Zola.

Únicamente sobre las ruinas de todas las religiones se levantará la estatua de la Verdad.

Las religiones engañan a los pobres y a los ricos.

Los ricos, en nombre de la religión, cumplen su deber con la caridad. De buena fe creen que con la caridad responden al sentimiento de solidaridad humana que germina en su corazón y no comprenden que siguen un camino equivocado. La caridad se pierde entre una miriada de parásitos y no logra su objeto sino para envilecerle.

Los pobres, confiando en una vida futura que es mentira, resignados a la voluntad de un ente superior que no existe, aceptan la limosna y contribuyen a perpetuar su miserable condición hasta la muerte.

Entretanto, los intermediarios de la caridad viven cómodamente a espaldas de los ricos y de los pobres y no trabajan.

El misero a quien no llega la limosna del rico, extenuado de fuerzas, siente grado a grado como se acerca la muerte moral y física, y a veces halla el valor de alargar la mano para aferrar la salud.

Este acto eminentemente social porque arrebató un ser a la desesperación, un ser que forma parte de la sociedad humana, las leyes lo consideran un delito. La reclusión acoge al infortunado para restituirlo más tarde aun más pobre y acaso más rebelde a la injusticia que le oprime.

La máquina del derecho penal se alimenta especialmente con estos seres y sobre estas infelices víctimas se desploma, en el silencio de la noche, la férrea y pesada puerta de la reclusión.

Pero la opinión pública comienza a estar cansada de semejantes infamias sociales. Luminosamente lo demuestra un solo hecho.

Un juez francés, Magnaud, ha violado algunas veces la ley para hacer verdaderamente justicia al infeliz, y sin embargo, este hombre ha sido unánimemente aplaudido.

¿Qué significa este aplauso unánime a un juez que viola la ley?

El hombre no vive tan sólo de pan. La satisfacción de otras necesidades impulsa a veces al ser frágil al delito.

La opinión pública quiere que diferentes personas, pertenecientes a determinadas funciones, vivan con cierto decoro, con cierta comodidad.

El pan no falta, pero el negro vestido está deteriorado, los hijos crecen, necesitan mayores alimentos, vestidos, libros; la mujer pone mala cara si ha de mostrarse a las amigas con un vestido que no es de moda, sin adornos... La tentación extiende entonces sus tentáculos y aferra al pobre empleado.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!—gritan luego los victoriosos; y el vencido, sentado en el banquillo de los acusados, obriéndose la cara con las manos, piensa en la familia arrojada a la desesperación, e inerte y estúpido escucha sin comprender las peroraciones del fiscal y del defensor. No es ya un hombre; la muerte sería mil veces preferible.

A menudo el vencido es un hombre de ingenio y estudioso.

Un distinguido conocido mío, joven, apasionado por el estudio de las matemáticas, después de haber frecuentado durante un año las universidades, tuvo que truncar los estudios por absoluta falta de medios de subsistencia. De tal modo se descoraza el pobre

que el dolor acabó con él. En este caso puede darse por afortunado el vencido.

En su lugar tantos otros, exacerbados, envilecidos, bestializados, se entregan al vicio del modo más abyecto. Buscan consuelo y distracción en el alcohol, en el lupanar, en el juego y acaban en la cárcel. De este modo la sociedad crea primero los delitos y después los castiga.

Todas las rebeliones, individuales o colectivas, hallan su origen en la miseria o en las injusticias que la colectividad comete contra los individuos.

La rehabilitación no existe, y el recién salido de la cárcel, el hombre que ya no es y que ya no puede ser el asociado de la colectividad, el maltratado por las leyes, o se resigna a la vida del delincuente y del miserable o se erige, como épico monumento, en vengador.

Un día me hallé con un señor fiscal y con un magistrado a la cabecera de la cama de un testigo albergado en el hospital de Mantova.

En una cama vecina había una chiquilla piadosamente asistida por dos hermanas de caridad. La curiosidad me hizo preguntar:

—¿Qué tiene la chiquitina?

—Es una pobre—me respondió la enfermera; y con la mirada me señaló los brazos descubiertos de la enferma, unos brazos tumefactos e hinchados, con las manecitas negras y escamosas.

Un sentimiento de profundo dolor agitó en aquel momento mi ánimo, y volviéndome al fiscal:

—Aquí tiene usted—le dije—dónde se inspiran los que ustedes llaman asesinos.

Que un espectáculo semejante, aun más doloroso y constante, se presente a la vista de cualquier individuo dotado de exuberante sentimiento altruista, y la dulzura y la bondad y el altruismo, por un fenómeno psíquico evidéntisimo, se trocarán en odio, en furor contra aquellos que él cree causa principal de tanta vergüenza.

¿Y querrá la sociedad entonces castigar a estos infelices que por un exagerado sentimiento de altruismo, transportados de la pasión se erigen en justicieros y vengadores de la miseria? ¿No sería preferible proveer primero a que las ya infinitas causas de infelicidad humana no se agreguen otras queridas o creadas por la maldad de la constitución social?

¿Es o no la delincuencia una enfermedad que nace de la miseria? ¿Es o no la miseria una llaga social querida de los hombres de orden que luchan por conservar el estado actual basado en la injusticia y en el privilegio?

LUIS MOLINARI

## La Escuela Moderna

El día 13 del corriente cumplirán tres años la serie de fusilamientos llevada a cabo por el Gobierno Maura-Lacierva; serie que parecía cumplir un plan premeditado por aquellos nefastos gobernantes para llegar al sacrificio del fundador de la Escuela Moderna en España.

Así se desprende de que después de los fusilamientos de Baró, Malet y Hoyos, al reaccionar la opinión pública no se accediera al indulto de Clemente García. Maura y Lacierva tenían señalada la trayectoria que había de terminar con la vida de Ferrer y no se salieron de su ruta.

No hemos de repetir ahora la serenidad y entereza con que Ferrer se condujo, hasta el momento en que frente al pelotón de ejecución lanzó el grito de ¡Viva la Escuela Moderna! Nuestro propósito es seguir sus últimas recomendaciones, de que no nos ocupáramos de su persona y si de continuar su obra.

Respetando, pues, su voluntad, honramos su memoria reproduciendo el siguiente artículo que entresacamos de su obra póstuma «La Escuela Moderna».

### PROGRAMA PRIMITIVO

Llegó el momento de pensar en la inauguración de la Escuela Moderna.

Algún tiempo antes invité a un corto número de señores conocidos como ilustrados, progresivos y de honorabilísima reputación, para que tuvieran a bien guiarme con sus consejos, constituyéndose por su benévola aceptación en Junta Consultiva. De gran utilidad me fué su concurso en Barcelona, donde yo tenía escasas relaciones, por lo que me complazco en consignar aquí mi reconocimiento. En aquella junta se manifestó la idea de inaugurar con ostentación la Escuela Moderna, lo que hubiera sido de buen efecto; con un cartel llamativo, un reclamo-circular en la prensa, un gran local, una música y un par de oradores elocuentes, escogidos entre la juventud política de los partidos liberales, todo ello facilísimo de conseguir, había material de sobra para reunir algunos cientos de espectadores que ovacionaran con ese entusiasmo fugaz con que suelen adornarse nuestros actos públicos; pero no me seducían tales ostentaciones. Tan positivista como idealista, quería yo empezar con modesta sencillez una obra destinada a alcanzar la mayor trascendencia revolucionaria; otro procedimiento hubiérame parecido una claudicación, una sumisión al enervante convencionalismo, una concesión al mismo mal que a todo trance quería reparar con un bien de efecto y de éxito seguros; la proposición de la Consultiva

fué, pues, desechada por mi conciencia y mi voluntad, que en aquel caso y para todo lo referente a la Escuela Moderna, representaba una especie de poder ejecutivo.

En el primer número del Boletín de la Escuela Moderna, publicado en 30 de octubre de 1901, expuse en términos generales el fundamento de la Escuela Moderna.

Los productos imaginativos de la inteligencia, los conceptos a priori, todo el farrago de lucubraciones fantásticas tenidas por verdades e impuestas hasta el presente como criterio director de la conducta del hombre, han venido sufriendo, desde muchísimo tiempo, pero en círculo reducido, la derrota por parte de la razón y el descrédito de la conciencia.

A la hora presente, el sol, no tan sólo cubre las cimas, estamos en casi luz meridiana que invade hasta las faldas de las montañas. La ciencia, dichosamente, no es ya patrimonio de un reducido grupo de privilegiados; sus irradiaciones bienhechoras penetran con más o menos conciencia por todas las capas sociales. Por todas partes disipa los errores tradicionales; con el procedimiento seguro de la experiencia y de la observación, capacita a los hombres para que formen exacta doctrina, criterio real, acerca de los objetos y de las leyes que los regulan, y en los momentos presentes, con autoridad inconcusa, indisputable, para bien de la humanidad, para que terminen de una vez para siempre exclusivismos y privilegios, se constituye en directora única de la vida del hombre, procurando empaparla de un sentimiento universal, humano.

Contando con modestas fuerzas, pero a la vez con una fe racional poderosa y con una actividad que está muy lejos de desmayar, aunque se le opongan circunstancias adversas de toda clase, se ha constituido la Escuela Moderna. Su propósito es coadyuvar rectamente, sin complacencias con los procedimientos tradicionales, a la enseñanza pedagógica basada en las ciencias naturales. Este método nuevo, pero el único real y positivo, se aplica a todos los ámbitos del mundo civilizado, y cuenta con inúmeros obreros, superiores de inteligencia y abnegados de voluntad.

No ignoramos los enemigos que nos circundan. No ignoramos los prejuicios sin cuento de que está impregnada la conciencia social del país. Es hechura de una pedagogía medioeval, subjetiva, dogmática, que ridículamente presume de un criterio infalible. No ignoramos tampoco, que por ley de herencia, confortada por las sugestiones del medio ambiente, las tendencias pasivas que ya son conaturales de suyo en los niños de pocos años, se acentúan en nuestros jóvenes con extraordinario relieve.

La lucha es fuerte, la labor es intensa, pero con el constante y perpetuo querer, única providencia del mundo moral, estamos ciertos que obtendremos el triunfo que perseguimos; que sacaremos cerebros vivos capaces de reaccionar; que las inteligencias de nuestros educandos, cuando se emancipen de la racional tutela de nuestro Centro, continuarán enemigos mortales de los prejuicios; serán inteligencias substantivas, capaces de formarse convicciones razonadas, propias, suyas, respecto todo lo que sea objeto del pensamiento.

Esto no quiere decir que abandonaremos al niño, en sus comienzos educativos, a formarse los conceptos por cuenta propia. El procedimiento socrático es erróneo si se toma al pie de la letra. La misma constitución de la mente, al comenzar su desarrollo, pide que la educación, en esa primera edad de la vida, tenga que ser receptiva. El profesor siembra las semillas de las ideas. Y éstas, cuando con la edad se vigoriza el cerebro, entonces dan la flor y el fruto correspondientes, en consonancia con el grado de la iniciativa y con la fisonomía característica de la inteligencia del educando.

Por otra parte, cúmplenos manifestar que consideramos absurdo el concepto esparcido, de que la educación basada en las ciencias naturales atrofia el órgano de la idealidad. Lo concebimos absurdo, decimos, porque estamos convencidos de lo contrario. Lo que hace la ciencia es corregirla, enderezarla, sanear su función dándole sentido de realidad. El remate de la energía cerebral del hombre es producir el ideal con el arte y con la filosofía, esas altas generaciones conjeturables. Mas para que lo ideal no degeneren en fábula o en vaporosos ensueños, y lo conjeturable no sea edificio que descansa sobre cimientos de arena, es necesario de toda necesidad que tenga por base segura, incommovible, los conocimientos exactos y positivos de las ciencias naturales.

Además, no se educa íntegramente al hombre disciplinando su inteligencia, haciendo caso omiso del corazón y relegando la voluntad. El hombre, en la unidad de su funcionalismo cerebral, es un complejo; tiene varias facetas fundamentales, es una energía que ve, afecto que rechaza o se adhiere lo concebido y voluntad que cueje en acto lo percibido y amado. Es un estado morboso, que pugna contra las leyes del